

YERKO MORETIĆ

ALGO ACERCA DEL CONTENIDO AFECTIVO DE *DON SEGUNDO SOMBRA*

EN 1966 se han cumplido cuarenta años de la publicación de *Don Segundo Sombra*, la más célebre de las novelas argentinas y una de las americanas más difundidas en los otros continentes. Esta novela de Ricardo Güiraldes (1886-1927) ha sido y sigue siendo intensamente discutida, pero para los lectores resulta en realidad menos complicada de lo que podría parecer a causa de tantas exégesis contradictorias. Quizás si tal sea justamente la suerte de las obras que recrean con hondura una realidad compleja: constituir siempre, como la vida misma, una fuente inagotable de interpretaciones diferentes. Nunca quedan agotadas y fijas con una sola definición.

Por lo que cuenta el propio protagonista, se sabe en las primeras páginas que él es un adolescente aldeano sin padres conocidos, pero amparado por un latifundista que no se hace ver y que le da su ayuda a través de unas viejas tías. Interiormente perplejo, el muchacho está convirtiendo su ociosa existencia en un accionar constante de picardía, de reciedumbre agresiva y engallada, de amaulada hombría prematura. La vida, no obstante, todavía permanece llena de misterios para él, además del de su propio origen. Siente a veces un confuso deseo de huir de todo, de vagabundear: "Mi soledad se hizo mayor, porque ya la gente se había cansado algo de divertirse conmigo y yo no me afanaba tanto en entretenerla. Gradualmente mis recuerdos me llevaron a los momentos entonces presentes. Volví a pensar en lo hermoso que sería irse". La insatisfacción consigo mismo y con el ambiente se ha ido haciendo cada vez más aguda, intolerable.

Un encuentro fortuito altera los inciertos rumbos que sigue este muchacho sin padre: "Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete.

Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso cuya hondura sorbe la corriente del río... Más fuerte que nunca vino a mí el deseo de irme para siempre del pueblito mezquino. Entrevía una vida nueva hecha de movimiento y espacio".

Ese hombre, "más una idea que un ser", se llama Eufemio Díaz, pero todos lo conocen sólo como don Segundo SOMBRA. Es grande, "de voz aguda", generalmente silencioso, pero buen decidor a veces de relatos populares. Va de un lado a otro recorriendo la inmensa pampa como amansador o resero sin quedarse mucho tiempo en ningún sitio, ya porque teme a la policía, según se insinúa al principio, o simplemente porque ha hecho de su existencia y del concepto de libertad nada más que un eterno "caminar, caminar, caminar".

El muchacho decide, muy bruscamente, unir su vida a la del resero, y huye de la casa de sus tías. Lo hace, como Don Quijote, una madrugada. Y, como Don Quijote, se siente alegre del grave paso que acaba de dar: "Experimentaba una satisfacción desconocida, la satisfacción de estar libre". Pero al contrario del personaje cervantino, este prófugo de sus tías es apenas más que un niño y, por tanto, no busca escudero, sino que quiere servir como tal, aunque no de cualquier hombre, sino sólo de don Segundo Sombra. Servirle de escudero y convertirse en su "ahijado", cual ocurre con el correr del tiempo. Mucho más aún: lo que el muchacho desea, pese a que no lo sabe bien, es encontrar en ese gaucho fuerte y bueno, semilegendario, el padre que no ha tenido. Por eso, al final de la novela, cuando el muchacho se entera que es hijo del latifundista que lejanamente lo protegía, que se llama como él —Fabio Cáceres— y que deberá recibir su herencia, pues ha muerto, experimenta dos temores entrelazados y contradictorios: el temor de dejar de ser gaucho y el de separarse de Eufemio Díaz. Digan lo que digan algunos críticos, Fabio no siente deseos muy fuertes de continuar su vida errante. ¿Por qué? Porque ya es rico, han dicho críticos ceñudos, y no se justifica que siga siendo gauchito... Porque se le ha despertado el sentido de la propiedad latifundista, han afirmado con desprecio otros comentaristas.

Pero, si se quiere ser justo y si se quiere ser consecuente con los impulsos y concepciones de Güiraldes y con los extraordinarios méritos de su novela, es necesario encontrar una razón que, aunque no explícita, armonice con el contenido esencial del relato. Tal vez la más aceptable es ésta: Fabio no quiere continuar su vida errante pues ya ha tenido en don Segundo Sombra a un padre, ya ha su-

perado la frustración que había comenzado a extraviar su juventud. Y si se separa de él al cabo de varios años es porque ya ha llegado a la hombría, edad en que normalmente se produce una escisión entre padres e hijos.

Hay una escena clave que permitiría comprobar estas aseveraciones. El "gauchito" profiere una ofensa para dar salida a la sorda irritación que siente contra Pedro, otro trabajador. "Palideciendo al insulto, Pedro tomó el rebenque por la lonja para asestarme por la cabeza el cabo. ¿Morir de una puñalada, allí, en el callejón?...

"—Mejor, bájate —le dije echando pie a tierra y mano a mi cuchillo. Pero me encontré frente a mi padrino, que me tomó de un brazo, diciéndome:

"—Si es que tes caído, yo te puedo ayudar a subir.

"Comprendí que una resistencia de mi parte se encontraría con una paliza y me alegré de un modo que tal vez otros no hubieran comprendido. Para don Segundo Sombra yo seguía siendo el mismo gauchito y quise significarle mi gratitud dándole un título que nunca, hasta entonces, se me había ocurrido:

"—'stá bien, Tata.

"—Si soy tu Tata, le vah' a pedir disculpa a ese hombre que has agraviao".

Tal es, entonces, la base afectiva primordial de la inclinación de Fabio hacia Eufemio Díaz, a quien llama "padrino" —esto es, "en vez del padre"—, y a esa base debe la novela sus mejores capítulos. En los nueve iniciales, sobre todo, cuando todavía Fabio es sólo un púber con muchos arrestos, esta ternura filial, o mejor dicho, esta ansiedad filial de ternura penetra como agua subterránea por todos los poros de la narración, empapándola de sentimiento, de profundo intimismo.

En relación también con este trasfondo sentimental debe enfocarse la intensa polémica que ha existido acerca del carácter realista de la novela. El problema es en verdad interesante y complejo. Don Segundo Sombra como personaje contiene indudablemente diversos elementos extraídos de la realidad, de la realidad tanto social como individual. Por un lado, sintetiza muy bien las características del "último gaucho", del que ve constreñidos sus horizontes por las alambradas que el capitalismo ha traído al campo. Por el otro, constituye la transcripción literaria de un ser que existió en la vida de Ricardo Güiraldes, la transcripción, en efecto, de Segundo Ramírez, gaucho que trabajó en la estancia "La Porteña", cerca de Buenos Aires, e inició al hijo de sus acaudalados patrones, los Güiraldes, en

las características y costumbres del gauchaje que ya prácticamente había desaparecido como grupo social semibárbaro, errante y libre.

Es decir, Güiraldes se dejó penetrar por una realidad muy inmediata y muy concreta, presente y actuante a lo largo de los decisivos años de su infancia y adolescencia. Pero hizo algo más aún: utilizó esa realidad como trampolín para proyectar otra, menos cercana a la conciencia o más abstracta: utilizó ese personaje y esas circunstancias, utilizó la relación entre el muchacho y el baqueano, para descubrir, para relevar la frustración filial del pequeño Fabio Cáceres, frustración que justamente lo arrastra a idealizar al ambiguo gaucho Eufemio Díaz.

Ciro Alegría ha resumido bien las quejas de algunos críticos cuando ha dicho: "Güiraldes ha forjado su personaje a base de acumularle condiciones pintorescas, de acentuar el mérito de sus conocimientos de resero y domador, de destacar su astucia y su baquía frente a pequeños problemas que resuelve como un héroe, de quererlo con un amor de hijo y de admirarlo con un fanatismo de catecúmeno... Pero el personaje don Segundo es altamente artificial y el defecto se extrema si lo cotejamos con ese otro gaucho llamado Martín Fierro. Y Hernández no ha hecho otra cosa que mostrarnos, a través de las palabras del propio Fierro, como un testigo fiel, a un hombre capaz de amor y odio, de valor y temor, de constancia y desaliento, de risas y lágrimas, en otras palabras, a un ser humano, a un gaucho arrancado de la existencia".

Como estas palabras de Giro Alegría fueron pronunciadas para ejemplificar la imperfección con que han sido creados los personajes en las grandes novelas hispanoamericanas —en una rígida exigencia de realismo inmediato, de realismo visible—, cabe subrayar que en esas palabras hay premeditado rechazo de un elemento del cual se ha valido a menudo el arte realista: la abstracción, la condensación recargada de las características de muchos seres en uno, a fin de polarizar en la imagen el rico mundo interior que el artista se siente impulsado a extravertir. En la novela de Güiraldes, como en muchas otras grandes novelas, corre, por debajo de la realidad descrita —y fecundándola—, la presión de sueños y anhelos, frustrados o vigentes: el arte sirve también para realizar lo que la vida ha negado o mutilado total o parcialmente, sin que ello destruya en todos los casos la imagen realista, o a veces apoye ese realismo inmediato con un realismo latente de raíz primordialmente emotiva.

Porque don Segundo Sombra es, en efecto, un esquema, una sombra, pero lo es con la total conciencia de su creador, quien, a nuestro juicio, lo convirtió en una deliberada proyección de ensueños infantiles y juveniles. En este sentido se podría decir que, más que de Güiraldes, don Segundo es creación de Fabio Cáceres, del muchacho bastardo que no ha conocido a su padre y que, a pesar de sus actitudes de precoz macho batallador, se siente torpe y desamparado en la vida. ¿Acaso este cumplimiento artístico de la necesidad del mito paternal no es perfectamente normal, "humana", perfectamente realista, por tanto?

Otro de los puentes principales que Güiraldes tiende entre Fabio y Eufemio es el del aprendizaje del duro trabajo pampeano, el riesgoso enfrentamiento con la naturaleza para sobrevivir, y también con las bestias y los seres humanos. Es decir, el trabajo cotidiano, acerbo e interminable, crea una corriente cordial de maestro a discípulo y viceversa, y proporciona, por boca de este último, animadas y auténticas visiones del laborar gaucho.

Don Segundo Sombra y su "ahijado" han de separarse. Fabio es ya un hombre, ha aprendido mucho en sus años de formación al lado de Eufemio y, además, ha entrado en posesión de bienes económicos que le permitirán completar e iluminar con los libros las rudas experiencias adquiridas al lado de don Segundo. La separación, aunque dolorosa, es imprescindible: ya es demasiado tarde para que el sedentarismo haga presa en Eufemio —aunque lo intenta—, y lo impulse a quedarse al lado de Fabio. Este, por su parte, debe empezar a cumplir ahora sus funciones de propietario.

Esta última razón es la que no agrada a los críticos, pues revelaría codicia en Fabio y poca firmeza en su amor filial... Pero, ¿cómo habríase cerrado el proceso afectivo del joven si no hubiera dejado marcharse solo al viejo gaucho? Los párrafos finales de la novela cuentan que ambos habían convenido despedirse en un sitio determinado. Al llegar allí, no hablaban. "¿Para qué?".

"Bajo el tacto de su mano ruda, recibí un mandato de silencio. Tristeza era cobardía. Volvimos a desearnos, con una sonrisa, la mejor de las suertes. El caballo de don Segundo dio el anca al mío y realicé, en aquella divergencia de dirección, todo lo que iba a separar nuestros destinos.

"Lo vi alejarse al tranco. Mis ojos se dormían en lo familiar de sus actitudes. Un rato ignoré si veía o evocaba. Sabía cómo levan-

taría el rebenque, abriendo un poco la mano, y cómo echaría el cuerpo, iniciando el envión del galope. Así fue. El trote de transición le sacudió el cuerpo como una alegría. Y fue el compás conocido de los cascos trillando distancia: galopar es reducir lejanía. Llegar no es, para un resero, más que un pretexto de partir.

"Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo del atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo.

"Me dije: 'Ahora va a bajar por el lado de la cañada'. La silueta reducida de mi padrino apareció en la loma. Pensé que era muy pronto. Sin embargo, era él, lo sentía porque a pesar de la distancia no estaba lejos... Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fue reduciendo como si lo cortaran de abajo en repetidos tajos. Sobre el punto negro del chambergo mis ojos se aferraron con afán de hacer perdurar aquel rezago. Inútil, algo nublaba mi vista, tal vez el esfuerzo y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura. No sé qué extraña sugestión me proponía la presencia ilimitada de un alma.

"*Sombra*, me repetí. Después pensé casi violentamente en mi padre adoptivo. ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente mi tristeza? No sé cuántas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa.

"Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta mi caballo y, lentamente, me fui para las casas.

"Me fui, como quien se desangra".

Si la sentencia de que los seres humanos alcanzan recién la madurez cuando en época normal pierden a sus padres quiere decir que únicamente en aquel triste momento se cortan todos los lazos del joven con la niñez y la adolescencia, y si en este sentido se aplica a Fabio Cáceres, es posible admitir que en la novela el instante de la separación se efectúa precisamente cuando el narrador-protagonista ha llegado a la madurez. La ley de la vida y la muerte le hizo intuir al flamante latifundista —y tal vez también a Eufemio— que, se postergara o no esa separación, no pasaría mucho tiempo antes que ella llegara irremediable y definitiva, a más de traer el

dolor de la vejez inválida, la decadencia, el final ante el cual todos resultan impotentes.

Y en relación con esto, el escritor, el literato, "necesitaba" que Sombra quedara vivo, tanto para que esa vejez inminente no lo despojara de la grandeza atribuida como para que alejamiento, tan magistralmente relatado, reafirmara lo enunciado desde el principio: "aquello que se alejaba era más una idea que un hombre...".